



Sergio González Rodríguez, *Teoría novelada de mí mismo*

(Ciudad de México, Random House, 2017, 264 pp.,
ISBN 978-607-315321-8)

por Lucía Melgar

En *Teoría novelada de mí mismo*, uno de los libros que entregó a la imprenta antes de su partida el 3 de abril del año pasado, Sergio González Rodríguez devela dimensiones en gran medida veladas hasta entonces de su universo intelectual y vivencial. Aunque en novelas como *La pandilla cósmica* (2005) o en el ensayo *De sangre y de sol* (2008) solo el año podía percibirse su interés por lo que consideramos sobrenatural, en esos textos podía leerse como un recurso fantástico o una derivación de los personajes y organizaciones que analizaba – masones, nazis o escritores un tanto estafalarios. En esta obra póstuma, en cambio, el autor saca a la luz lo que suele quedar oculto, lo que la racionalidad y el empirismo han empujado al margen de la experiencia común.



Acercamiento autobiográfico en que se mezclan lecturas, reflexiones sobre la escritura, recuerdos de familia, interpretación de sueños, estancias en cuartos de hotel, González Rodríguez va trazando una “teoría del fantasma” que es a la vez una invitación a ver más allá de la racionalidad y del empirismo, encumbrados en la modernidad, y una meditación sobre el sentido de la vida humana y de la vida en sociedad.

Con gran erudición y sentido crítico, el escritor nos lleva por el mundo de los sueños y sus interpretaciones, desde las premoniciones y profecías de textos antiguos hasta su relación con el inconsciente y el deseo en el siglo XX. Los sueños aquí no son el mero reverso de la vigilia; en ellos aparecen personajes familiares o desconocidos que conversan con el durmiente o lo miran desde un lugar otro; se despliegan escenas que tal vez revelen deseos pero que sobre todo sugieren formas de conocimiento y estructuras de relato distintos, y provocan sentimientos y sensaciones a veces perturbadoras. La aparición de lo oculto, de la alteridad, estremece, como miedo a lo desconocido, pero también permite tomar consciencia, al despertar, de esa dimensión de lo humano que tiende a expulsarse en la vigilia.

Escritor de vocación e investigador valeroso, González Rodríguez no se limita a escribir sobre el sueño, hace de éste el soporte de un ejercicio de escritura original, el “oneirograma” (p. 93), que recrea y transforma el mundo del sueño, no para recordarlo sino para “recuperar” su memoria y entretejer “la lógica de la vigilia y la del sueño” (Ibídem). La conjunción de falsos opuestos que así se da, sucede, también, antes, en el sueño, donde la tenue línea entre vida y muerte se difumina y la comunicación entre el vivo y sus muertos se da sin pavor.

La apertura hacia dimensiones desconocidas o extrañas, no se limita al mundo del sueño, cuya lógica se ha intentado someter al imperio de la racionalidad a través de la interpretación psicoanalítica, por ejemplo. Las fronteras que se difuminan en los sueños también son porosas en la vida diurna. En situaciones límite o en instantes que asociamos con la duermevela, o en estancias en un cuarto de hotel, se perciben presencias que consideramos ajenas pero que conviven con nosotros y, también, nos conforman.

Aunque en “la teoría del fantasma vivo” (p. 253) es donde el escritor desarrolla más sus consideraciones sobre los fantasmas, la presencia de éstos constituye, de hecho, el hilo que enlaza sueños y viajes, recuerdos de infancia y juventud con reflexiones desde la madurez y el momento de la escritura. Para González Rodríguez los fantasmas no son simples lazos con el mundo de ultratumba, son consustanciales a la vida humana, al devenir del ser humano en la temporalidad de su vida en esta tierra, a lo que cada quien es y a su relación con los demás.

En éste - el más autobiográfico de los textos del autor - los muertos queridos pueden comunicarse con él, en una escena onírica que retoma y transforma un recuerdo familiar, en un velorio en que el niño contempla al abuelo en su ataúd, o en el lobby de un hotel que se transforma en un espacio límite entre pasado y presente, a través de los recuerdos compartidos con un hermano muerto. Ésta es una de sus formas de aparición



tal vez máspreciada, pero no la única. Los fantasmas, múltiples, conviven también con el viajero que los descubre en los cuartos de hotel como huellas de presencias pasadas o como espíritus, benéficos o maléficos, que acompañan o perturban su sueño.

Los fantasmas, o el fantasma vivo, sin embargo, no son siempre presencias externas, forman parte de cada quien, del autor en este caso, que los lleva dentro de sí y que deviene él mismo fantasma, por el paso del tiempo o por efecto de un ensimismamiento que lo hace ajeno o hasta imperceptible para otros. Volverse fantasma de sí mismo es más que una expresión coloquial, denota la extrañeza ante la alteridad, ante el des-conocimiento propio y ajeno. Afantasmarse es no ser visto o verse uno mismo como extraño. Sin así decirlo, González Rodríguez alude no sólo a la experiencia de la alteridad, al toparnos con ella, sino también a las alteridades que nos conforman, a las identidades múltiples y divididas que, como sabemos, configuran al ser humano, en un concepto muy ajeno ya a las esencias o a las individualidades únicas.

La apertura a lo desconocido, a la faz que el predominio de lo visual y la racionalidad de la modernidad y la ultramodernidad velan u ocultan, conecta pues con las múltiples dimensiones del mundo y la vida humana. El afantasmarse o la presencia del fantasma no remiten simplemente a la ultratumba. Por el contrario, en un giro filosófico y ético, González Rodríguez rechaza la idea de que la finitud define la vida como “ser para la muerte” (p. 236) y afirma, por el contrario, que somos “para los otros” (p. 240). Al re-conocerlos, en el sentido de Levinas, somos responsables de ellos: mirar es mirar al otro y ser mirado por él; es, más allá de la muerte, re-conocer su presencia, recordarlos, preservar esa conexión.

El sentido ético que se desprende de esta visión del mundo corresponde a la postura del escritor y periodista ante la realidad que documentó, antes, en *Huesos en el desierto* (2002), *El hombre sin cabeza* (2009) y *Campo de guerra* (2014). La capacidad del autor para explorar los entresijos de la barbarie, la cara oculta de poderes mafiosos – formales e informales – o la lógica necropolítica del sistema económico de la globalización neoliberal, su persistencia en investigar el feminicidio en Ciudad Juárez pese a amenazas y torturas, se entiende mejor, me parece, a la luz de esta visión, solidaria por así llamarla, del mundo.

Dada la honda exploración del horror en la obra de González Rodríguez, no es de extrañar que en este singular ejercicio autobiográfico, la barbarie mexicana aparezca en el centro, como pesadillas que irrumpen en pleno día, a la luz del sol, ante una pantalla. Cuando lo terrible se vuelve cotidiano y se normaliza, el mal deja de ser una metáfora y se hace presente: se deja entrever a través de “la grieta” (p. 212) que aparece cuando la vida está amenazada. Lo que el autor ha llamado “la anamorfosis de la víctima” (2014: 64), la distorsión de la visión de sí y del mundo tras una experiencia de violencia extrema, es indeleble. Él mismo reconoce las huellas de la violencia extrema en su cuerpo y en su psique, el riesgo de quedar atrapado en el terror que él mismo vivió.

Lo que rompe el cerco del horror y le permite salir de la violencia es la apuesta por la cultura contra la barbarie. Aunque, como Walter Benjamin, González Rodríguez sepa



que la cultura no es inocente, su apuesta por la escritura es una posición ética por la memoria, por dejar un testimonio del horror como experiencia personal y colectiva. En este sentido, afirmar que “escribir es escribir para otros” (p. 18) no expresa una mera voluntad de comunicación, significa una experiencia vital y una postura ética, la que el autor dejó plasmada en toda su obra.

Lucía Melgar

UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México)

lucia.melgar@gmail.com